

DISCURSO DEL DR. LUIS RAMIRO BELTRAN AGRADECIENDO LA DESIGNACIÓN DE LA CÁTEDRA QUE LLEVA SU NOMBRE

Damas y caballeros:

Diciembre del 98, ya no lejos de la Nochebuena-

De pronto, la voz amiga de Ronald Grebe, entonces flamante Director del Departamento de Comunicación de la Universidad Católica, me anunció la intención de ella de crear una cátedra que llevará mi nombre. Grande fue mi sorpresa ante ese grato aviso, pues no anticipaba en modo alguno, tan singular distinción. Y cuanto más me fui familiarizando luego con la naturaleza de ella más fueron creciendo en mí el reconocimiento y el regocijo.

Ya en 1984 esta insigne institución académica – la primera comprometida en Bolivia con la comunicación – había celebrado el que yo ganara el premio mundial “McLuhan” confiriéndome su Doctorado Honoris Causa.

Y ahora, el mismo Rector que así me honrara entonces, el doctor Luis Antonio Boza Fernández, ha venido a iluminar el tramo postrero de mi itinerario vital con otro gesto de aprecio por mi quehacer profesional, con una nueva deferencia que mucho me enaltece y solaza. Y las palabras que él y mi colega Grebe han pronunciado aquí para consagrar públicamente esa determinación – que pone áureo colofón a mi carrera – me han conmovido profundamente. Reciba, pues, la Universidad Católica Boliviana, por intermedio de estos altos personeros suyos, mi más honda y cálida expresión de gratitud.

Toda distinción es atesorada en el corazón de quien la recibe. Y, cobijados en álbumes y estuches o desplegados en muros y vitrinas, los emblemas de los galardones jalonan ostensiblemente la trayectoria de sus beneficiarios. Pero una distinción como la que se me brinda hoy va mucho más allá de la conservación esmerada del recuerdo entrañable. No sólo marca un hito en el pasado. Palpita con vigor en el presente. Y presagia involucramiento en el futuro.

Animan la cátedra que hoy nace aquí tres finalidades. Fomentar reflexión actualizante sobre las áreas temáticas que han conformado mi territorio de estudio en el exterior y en el país. Incrementar y refinar la enseñanza, la investigación y la divulgación sobre comunicación al servicio del desarrollo democrático. Y propiciar más allá del ámbito universitario, en el de los medios masivos, la vigencia de la comunicación dialógica y participativa identificada con la equidad. A todo ello comprometo con entusiasmo mi concurso al máximo de mis posibilidades.

Aprecio la estima con que la Universidad Católica se propone recoger sistemáticamente las huellas de mis trabajos a fin de ponerlos en las mesas de labor de las nuevas generaciones de comunicadores. Sin duda, por sí sola esa medida de ella me complace y estimula muy de veras. Pero me resulta aún más gratificante su

voluntad de impulsar, mediante varios recursos, la investigación crítica por parte de catedráticos, estudiantes y productores sobre la problemática de comunicación en función de las realidades de la Bolivia que se apresta a vivir un nuevo siglo. Así, si bien teniendo como telón de fondo las ideas que en su tiempo y circunstancias cultivaran personas como yo, los comunicadores del presente y del porvenir cercano podrán lanzarse con alas propias por los caminos de la indagación rigurosa y la reflexión creativa. Y, de este modo, también yo – procurando participar de sus exploraciones – resultaré beneficiario del proyecto. Conversando con ellos sabré de sus inquietudes y abordaré sus sueños. Trabajando con ellos procuraré renovarme en ideas y me esforzaré por estar al día y por comprender las nuevas circunstancias del país y del mundo, de la vida y del oficio. Y, llegando a forjar amistad con ellos, me empeñaré en aprender sus lecciones de audacia, rebeldía y optimismo.

Compartir con los jóvenes colegas el ayer precursor, el compromiso de hoy y el desafío del mañana. Pensar, afirmar y dudar, dialogar, estudiar y escribir con ellos será para mí algo muy satisfactorio, así sólo ocurra en la modesta medida de lo posible a esta hora de mi vida. Y sería un incomparable privilegio el sentir que más allá de ésta algo de uno pudiera perdurar en otros, que unos cuantos pudieran quizás llevar hasta el otro siglo en las libretas de sus frescas mentes notas sobre las creencias y las pasiones, los anhelos y los desvelos de un impenitente enamorado de utopías. ¡Seguir, en fin, viviendo en el refugio de otros corazones! ¿Podría alguien acaso aspirar a recompensa mayor y mejor?

Deseo reiterar ahora mi voluntad de hacer pronto a la Universidad Católica depositaria, custodia y usuaria del acervo privado que documenta mi carrera profesional de algo más de medio siglo. Mis escritos. Libros de otros que hacen referencia a ellos o a otros aspectos de mis trabajos. Recortes de prensa. Fotografías. Grabaciones magnetofónicas. Certificados y correspondencia especial. E inclusive los diplomas, medallas y estatuillas que testimonian distinciones anteriores. Todo, en suma, lo que la paciencia amorosa de Nora mi esposa, supo conservar. Tendré así guardado ese patrimonio espiritual en buenas manos que lo salven del olvido.

También deseo felicitar a los catedráticos de la Católica: Grebe, Reyes, Alcalá, Suárez y Aguirre, por la iniciativa de forjar el encuentro internacional de esta semana en asocio con la FELAFACS. Marca éste el comienzo del logro de un propósito largamente acariciado en Bolivia, el de establecer una alianza cooperativa de las instituciones de todo el país dedicadas a la enseñanza de nuestra profesión. Saludando con afecto la presencia de los representantes de ellas en la reunión constitutiva que llega hoy a su culminación, congratulo a todos ustedes por su afán de acción concertada. Y celebro los valiosos aportes que han dado a los debates de estos días los colegas venidos de México y Perú, Luiz Núñez, Rossana Reguillo y Teresa Quiroz, así como los colegas locales Deysi Orozco, Liliana De la Quintana y Jaime Reyes.

Es plausible el nacimiento de tal alianza de entidades docentes que, sin duda, habrá de hacerse miembro de la Federación Latinoamericana de Escuelas de Comunicación (FELAFACS). Y es muy deseable también que llegue a cumplirse pronto otra vieja aspiración semejante: la de crear la filial boliviana de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAI). Ambas vendrán a

sumarse a las otras agrupaciones del gremio: las asociaciones y sindicatos de periodistas, que ya tienen larga existencia en todo el país, como la tienen las asociaciones de radialistas, así como a los colegios de comunicadores de reciente fundación en Santa Cruz y Cochabamba, y a las redes que agrupan a los comunicadores en lenguas nativas.

Habrá que forjar el robustecimiento de cada una de ellas y estrechar relaciones entre las académicas y las operativas. Más aún, habrá que fortalecer los nexos también entre aquellas y las sociedades que aglutinan a los propietarios y empresarios de los medios de comunicación masiva. Sólo así, conjugando las voluntades y los recursos de todas esas instituciones, consiguiendo acercamiento, diálogo y colaboración entre ellas, podremos contar con una estructura profesional fuerte y productiva.

En la víspera del inicio del nuevo siglo, esa organización asociativa parece más necesaria que nunca. Si el país ha de lograr a partir de entonces la superación del acentuado subdesarrollo que lo sitúa a la zaga de los latinoamericanos, difícilmente podrá hacerlo sin el concurso de la comunicación social en misión de servicio público desinteresado. Infortunadamente, salvo pocas excepciones, ese no es el caso aún. Escasos y débiles, los medios estatales de comunicación sirven mucho más fines de propaganda gubernamental que requerimientos de apoyo a programas básicos de desarrollo, como los de salud, educación y producción de alimentos. Y los medios privados sirven mucho más fines de publicidad comercial y de entretenimiento que requerimientos de información útil a la mayoría de la población para poder, cuando menos, aliviar los padecimientos que la creciente pobreza le inflige. Pareciera que ni unos ni otros sintieran suya la responsabilidad de contribuir a la educación del pueblo. Y, sin embargo, en distintos grados y formas, todos ellos tienen hoy más que nunca en sus manos el poderío para educar, la influencia para modelar comportamientos. Ni la familia ni la escuela son en la actualidad los maestros principales de la niñez ni los formadores de la juventud. Lo son los medios de comunicación masiva, principalmente la televisión. Hay que trabajar, por tanto, para que ellos – sin dejar, por supuesto, de informar ni de entretener – asuman también crecientemente la responsabilidad de contribuir a la educación no formal del público para ayudar a la construcción definitiva de la nación boliviana.

No se trata solamente de apoyar con los instrumentos de la moderna tecnología a maestros en aulas, a médicos en postas y hospitales y a agrónomos en campos de cultivo. Se trata, además, de educar a todos para la vida en el sentido más amplio del término. Y en esto los medios masivos, con su gran alcance y su fuerte atractivo, pueden hacer cruciales contribuciones educativas al bien común. Por ejemplo:

Dar aportes a la consolidación integrativa de Bolivia como nación, al aglutinamiento de sus diversas culturas, justamente en un momento en que la globalización amenaza diluirlas en la homogenización.

Respaldar la consolidación y el refinanciamiento del ejercicio de la democracia verdadera, aquella que se basa ante todo sobre la equidad.

Apuntalar los emprendimientos conducentes a la plena, genuina y protagónica participación del pueblo en la toma de decisiones para el desarrollo humano sostenible.

Propiciar la armonía social, la tolerancia política, la integración cultural y la capacidad administrativa indispensables para forjar una estable y fértil gobernabilidad del país.

Abogar por la edificación de una sólida cultura de la paz que ahuyente a la violencia en todas sus formas.

Promover el respeto a los derechos humanos fundamentales, especialmente a los de las mujeres, los niños, los indígenas y los inmigrantes.

Luchar para detener el envilecimiento y la destrucción del medio ambiente que están llegando a extremos que ponen en peligro la salud y acaso hasta la propia subsistencia de los bolivianos.

Combatir sin cuartel a la corrupción y a la delincuencia que están mermando gravemente el patrimonio público y minando la moral colectiva.

Para ello pueden los medios masivos brindar educación amplia y eficaz sin excesivo esfuerzo ni mengua de ganancias. Y debieran hacerlo si es que, como ha de esperarse, comparten plenamente la aspiración de la colectividad de que, dejando al fin atrás su pasado de penuria y frustración, Bolivia logre asegurar para sus ciudadanos en el primer tercio del próximo siglo la existencia próspera, justa, libre y digna a que tienen derecho.

Yo aliento la certeza, compatriotas, amigos y colegas de que la comunidad de comunicadores profesionales aquí tan bien representada ha de empeñarse a fondo para hacer posible la realización de este ideal de redención de nuestra amada patria.

=====

Publicado en:

Beltrán S., Luis Ramiro (1999) **Discurso agradeciendo la designación de Cátedra que lleva su nombre.** En: *Ciencia y Cultura*. (Bolivia) no. 5:129-132. (Revista de la Universidad Católica Boliviana).